

~~agosto~~ MARCHA
4-sep-1964

Altas culturas de América precolombina

● Día a día, con ritmo sostenido y creciente, las diapositivas inundan el mercado pedagógico confirmando que vivimos en una civilización de la imagen (que también es una civilización del sonido —o del ruido—) cuya vigencia no podemos eludir.

Los conceptos y las metáforas del libro, la realidad a medias recreada o sugerida por la palabra escrita, ceden ante el victorioso avance del resplandor azul de la T.V., de la plasticidad incitante del cinematógrafo y los estereotipos hieráticos del microfilm. La técnica democratiza así lo que antes era privilegio vicario de las minorías pero también masifica al imponer moldes uniformes.

Esta modalidad imaginista ha invadido todos los mecanismos de transmisión del patrimonio cultural. Hasta los propios libros de divulgación artística o científica acusan este sintoma y mediatizan sus textos —que a veces son pretextos— colocándolos al servicio de la imagen. Las formas, de este modo, subyugan a las esencias. Nuestro pensamiento se engancha a las visualizaciones y una teoría de líneas, colores, espacios, representaciones y volúmenes ocupan los intersticios de una deteriorada comunicación lingüística, cada vez más lejana de la coyuntura coloquial.

No debemos empero, dejarnos avasallar por dicha marea de imágenes, que nos dispensa de meditar, de razonar, de tender las líneas dialécticas de un proceso discursivo, sino tratar de encauzarla. Munier (Contra la imagen, Montevideo, 1961) protesta escandalizadamente contra esta meretrización óptica de la cultura, cuya presencia cotidiana se inicia en las tras cómicas y sigue luego por otros caminos más complejos o pretensiosos aunque no por ello menos escamoteadores de la palabra o del raciocinio. Sin embargo, resulta difícil resistir el empuje frontal del aire del tiempo. Como en la parábola rodioniana del niño y la copa es menester sustituir el tañido por la flor y forjar una especie de mimetismo que permita sobrevivir el potencial simbólico de nuestra cultura.

Y bien. Todo lo dicho viene a cuento porque hoy iniciamos en las páginas de MARCHA un tipo de comentario que está a horcajadas entre lo visual y lo conceptual. Se trata del análisis de los sedicentes "libros" de diapositivas, en los cuales un aparato explicativo más o menos congruente —ya lo veremos—, comenta, sitúa e interpreta los materiales microfilmados que en ellos se ordenan. Estos libros, si así se les puede llamar, pues más correcto sería denominarlos repertorios documentales, han cobrado especial auge en nuestra plaza. Consideramos que quienes los consultan deben ser orientados, tanto en lo que concierne a las imágenes como en lo que anotan las presentaciones, para poder separar la cáscara del grano. O, en último término, para comprobar las flaquezas y caprichos del cronista. Pero la crítica debe enfrentarlos, sean cuales fueren los aciertos o desventuras de quien la ejerce.

Ahora podemos ir, sin más rodeos, a lo nuestro. Un repertorio de diapositivas referentes a las culturas superiores de América precolombina inaugura una serie dedicada a la historia y realizaciones artísticas de las grandes civilizaciones mundiales (*). Los libros madres pertenecen a la colección alemana Kunst der Welt, cuyas traducciones al italiano, español, francés e inglés aparecen simultáneamente, patrocinadas por un gran consorcio editorial europeo. En este caso, la obra resumida es la de Hans

Dietrich D'sselhoff y Sigvald Linse, ambos americanistas de bien ganado prestigio. La síntesis de G. Kohler es pobre. No es posible comprimir en 21 pp. lo que el trabajo original desarrolla en 204 pp. Además de su escualidez, de su simplificación premiosa, padece el resumen los tropiezos del error. El área cultural de Mesoamérica, definida por Kirchoff, es confundida con la América Central. Mesoamérica es algo más y algo menos. Por otra parte resulta incorrecto (p. 11) afirmar que recién en el siglo I a.J.C. los cazadores nómadas de Mesoamérica se hacen sedentarios y, por lo tanto, agricultores. Esta etapa de sedentarización debe retrotraerse por lo menos a un milenio antes del cristianismo y el origen de la agricultura, como ya lo ha demostrado el radiocarbono 14, ha de ser ubicado en el VII milenio a J. C. (según resulta de los hallazgos en el Cañón del Infernillo, Tamaulipas, México). No obstante tales reparos, el eskorzo introductorio sitúa al lector, quien con los cuadros cronológicos y los mapas que se agregan puede defenderse del inicial desamparo.

Las obras seleccionadas en las 21 diapositivas que se disponen en sobres de plástico son lo suficientemente vistosas y eclécticas como para satisfacer a la Kitch, la cultura de masas. Desde el punto de vista técnico y aún artístico constituyen documentos inobjectables. Pero, por obvias razones comerciales, en las que no faltan los argumentos que agrega, tácticamente, la presencia del color, se confunde arte con arqueología. Tampoco todo lo bello o "fino" traduce a fondo las pautas de una cultura artística. Hay cabezas de piedra olmecas, figurinas sonrientes tonacas, carritos de arcilla toltecas o pequeñas esculturas de plata peruanas representando a muchachos cabaigando en llamas que deben llevarnos por sendas menos convencionales y plantear problemas cautivantes en cuanto a los contactos entre culturas americanas y transpacificas. Esta complicación, evidentemente, desordenaría el terso museo imaginario de las deliciosas reproducciones del propulsor de jabalinas (Nº 7), del tiburón de oro macizo (Nº 12), del huaco mochica (Nº 15), que pudo haber sido más representativo, ya que hay un fabuloso tesoro de vasos —retratos—, o de la accesible sillería pétreo de Pisac (Nº 21). Ante este escaparate aliñado, lustroso, conformado al gusto occidental, se siente la ausencia de la fealdad cósmica de Coatlicue o de la vertiginosa grandeza de Machu Picchu. Sin embargo, estos reparos adjetivos no invalidan el espíritu y elegancia de la selección, que revela la maestría a que habían llegado los artifices amerindios antes de que la conquista española los anegara junto con sus espléndidas obras. La intención pedagógica de esta muestra es innegable y efectiva. Y su plenitud artística, captada por una fotografía pura y un poco fría, se impone al contemplador de manera directa. Las explicaciones a cada una de las diapositivas son lo bastante breves como para permitir su lectura a los espectadores mientras las vistas se proyectan. También son lo suficientemente extensas como para que unas nociones de arqueología y paleontología, eficazmente dosificadas, las sitúen en su tiempo, en su momento y en su escenario geográfico y cultural.

Daniel Vidart

(*) AMERIQUE PRECOLOMBINE. Nº 1 de la Colección L'art dans le monde. Albin Michel, Paris. Textos de Rudolf. G. Kohler y 21 diapositivas en colores.